

Biri-Biri, que es negro». Parece como si todos los cronistas quisieran hacerlo blanco a base de frases cariñosas en las informaciones de los partidos. Si fuera de raza blanca, cuando se tratara de no repetir el nombre, Biri-Biri sería en nuestra literatura futbolística «el ariete sevillista» o «el delantero blanco» o «el hombre en punta del conjunto del Sánchez Pizjuán». Pero como es negro, Biri-Biri es llamado, a saber:

- a) «El morenito gambiano».
- b) «El negrito africano».
- c) «El delantero negro».

Aún no se sabe por qué le llaman «el delantero negro» y no «el delantero negro». Porque el

peor racismo español es el de los diminutivos conmisericordiosos, «morenito», «negrito». ¡Llamar «morenito» y «negrito» a un negro que es un tío como un castillo...!

Se hace racismo con Biri-Biri y mucho más con su hijo de un año, Ramou Momodo Njie. Todos los sevillistas se sienten en el fondo padres adoptivos de Ramou, que —¡pobrecito!— ha tenido la desgracia de nacer negro.

Aunque un negro se puede recuperar. Entre otras formas, llámndole a secas «Biri». Los sevillistas de corazón creen hacer club cuando dicen «Biri» y evitan la repetición que el mismo Alhaji



se puso como nombre de guerra cuando llegó al fútbol español desde el amateurismo danés. Es como si el Mau-Mau hubiera sido menos africano de haberlo llamado los ingleses sólo Mau...

Pero a un negro, aunque se tenga lástima de él, no hay que dejarle pasar ni una. Los seguidores de Biri le llaman «el negrito» y «el morenito» y le dan lástima él y su hijo, mientras admiran la belleza —salvaje, por supuesto— de su señora esposa. Pero los defensas contrarios le tiran a matar. De modo que Biri, el pobrecito Biri-Biri, ha tenido que confesar:

—En España no hay problema racial. Pero su fútbol es duro y a mí se me hace objeto de marcajes implacables... Yo sólo quiero jugar al fútbol. No soy duro nunca, aunque no vuelvo la cara, porque voy noblemente al balón, y no acabo de entender por qué algunos jugadores no hablan bien de mí. Aunque eso lo hacen seguramente para defenderse de mi juego. Un defensa me marca bien, me anula y triunfa en su equipo. Entonces, si no logra sujetarme por medios lícitos, me da patadas y para justificarse ante los suyos habla mal de mí. Pero yo no soy un jugador duro ni violento. La verdad es que si siguen dándome patadas en climas hostiles, tendría que marcharme...

Ahora quizá las cosas sean más suaves para Biri-Biri, que recuerda con negrura pasadas temporadas del Sevilla: «En Segunda he recibido verdaderas palizas en algunos campos, de los que no quiero acordarme...».

Yo que Biri-Biri me guardaría mucho decir que en España no hay problema racial. Claro que lo hay. Lo que pasa es que aquí al negrito o al morenito le decimos primero que qué gracioso, que qué pena su niño Ramou, tan chiquitito y tan oscuro. Y después, a arrearle patadas. Por negro joío. ■ FERNANDO OLIVARES.

TVE: el centrismo del padre Mundina

Por fin Televisión Española ha encontrado su cura. Trabajito le ha costado. Ninguno daba la talla. El padre Sobrino quedaba como muy desvaído entre las madres de familia y los profesores de EGB. El padre Muñoz Iglesias se nos perdía de vez en cuando entre las páginas del Antiguo o los Hechos de los Apóstoles. Monseñor Guerra Campos, no digamos...

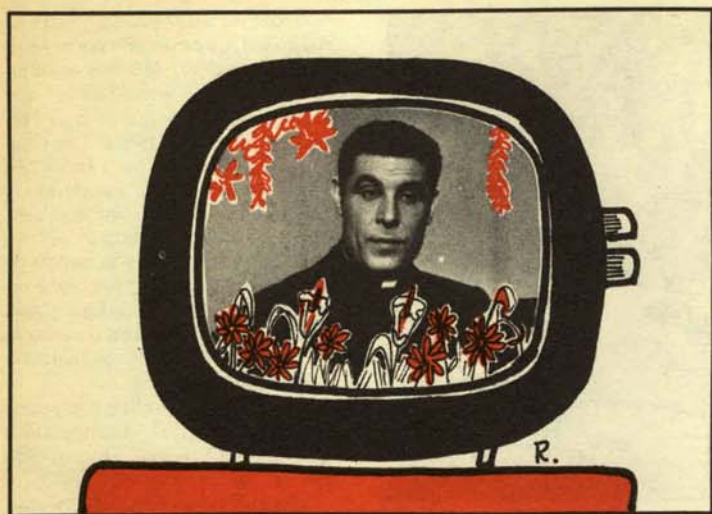
Tampoco era cosa de meter en Televisión a un cura de homilia, a un coadjutor de Vallecas o a González Ruiz en persona. Ya se sabe que Televisión no admite a los curas progres, no por otra cosa, sino porque dan mal después en las páginas del «Tele Radio» o en «Tele Programa», cuando los dan con su sotana negra y su canesú al lado de Telly Savallas.

Cuando la otra tarde vi que Televisión recuperaba al padre Mundina, me dije:

TERROR EN TELEVISION

NO, no voy a hablarles de lo que ustedes se figuran. Utilizo la palabra horror en su sentido más disciplinado y estilístico: en el que alude a un determinado género literario o cinematográfico. Los otros errores se pasan de comentario, aunque no son comentarios precisamente lo que les faltan. Sabido es que los aficionados al género terrorífico en todas sus formas de expresión, los verdaderos aficionados, que no buscan coartadas sociológicas o psicoanalíticas para sus preferencias y reconocen humildemente que a ellos les gustan realmente los vampiros, los fantasmas, los neblinosos pantanos y los viejos castillos inhóspitos, son seres morbosos, patológicamente inmaduros y alucinatoriamente reprimidos. Así somos... ¡y que Dios no mande otra cosa! Parecía que nuestros males no tenían curación y que moriríamos esquizoides y feos, tal como nacimos. Pero TVE, bendita sea, ha decidido curarnos. Para ello, se ha molestado en hacer una serie en colores, que le debe haber costado una pasta gansa, y ha escogido como director de la misma al afamado especialista doctor Páramo. «Combatiremos el terror con el terror», dice el hombre de los ojos muertos, en una novela de Gaston Leroux; no otro ha sido el plan terapéutico tramado por el doctor Páramo. Para curarnos de nuestro gusto por terrores fingidos, ha decidido darnos auténtico terror, del bueno y verdadero. Los licántropos (con perdón del nuestro), los enanos deformes y las bestias oscuras son gente simpática, entretenida y, a su modo, afectuosa; lo auténticamente espeluznante es el aburrimiento. De modo que el doctor Páramo (¡lástima de nombre, tan terrorífico!), en su serie «El quinto jinete», nos asesta cada dos semanas un choque vitamínico a base de aburrimiento masivo capaz de asquearle a uno del género fantasmal para los restos. La técnica es sencilla, pero ingeniosa: supongamos una de esas escenas clásicas en que una futura víctima comienza a recorrer un caserón tenebroso con una vela en la mano, a la espera de que le salga cualquier espanto de un rincón, bueno, pues Páramo repite la escena clásica tal cual, pero con la astuta salvedad de que la víctima esté deambulando durante veinte o treinta minutos cumplidos: resultado, salga lo que salga al final, el espectador está ya dormido y le da lo mismo que sea un vampiro cianótico que un abogado del Estado. Si a esto se añaden inteligentes destrozos en el argumento de historias excelentes, como ocurrió con «La familia Vurdalak», que quedó muy pachucha la pobre, poco más hace falta para que nuestra monstrosifilia se nos convierta en paramorfobia. ¿Logrará sanarnos TVE del morboso vicio que nos corroe? En todo caso, por ella no ha de quedar. De momento, los viciosos comenzamos ya a aplicar métodos de autodefensa y contraatacamos combatiendo el aburrimiento con el aburrimiento: tras cada «Quinto Jinete» nos zurrarnos un programa de «Los ríos», de un señor muy literato y muy azorín que ya se ha ganado el limbo de unas Obras Completas, en piel y en rústica. Los malos nos aferramos al mal como otros a los ministerios o al rosario en familia. ■ SAVATER





—Este es nuestro cura...

Allí estaba de nuevo, más políneo —de polen— que nunca, más de invernadero, ofreciéndonos un programa especial sobre Iberflora desde Valencia, por aquello de la tierra de las flores, de la luz y de la Ford. ¡Cuánto sabe el padre Mundina! ¿Que no sabe usted cuánto matabichos hay que echarle a la albahaca para que dé olor? Para eso está el padre Mundina. ¿Que las gitanillas se le ponen mustias en el balcón con el humo del bar de abajo? Escriba, escriba al padre Mundina, que le

contestará diciéndole la tierra sintética que ha de ponerle y cuándo ha de podarla.

Con el padre Mundina es que da gusto. No hay más problemas que el del pulgón amarillo, no hay más soluciones que el riego abundante y sometido a sus horas. Estos curas son los que me gustan a mí, no los que te vienen con la monserga del ángel exterminador o los otros que si el salario mínimo y que si la justicia social. Muchos padres Mundinas son los que están haciendo falta en España. Padres Mundinas en

las parroquias de Vallecas y verá usted cómo no hay que poner una multa más por una homilia. Padres Mundinas para cubrir el cupo de suscriptores de «Fuerza Nueva» y verá usted cómo empieza a escribir en la revista hasta Jiménez de Parga. Padres Mundinas para Justicia y Paz y padres Mundinas para el Tribunal de la Rota. Padres Mundinas para que escriban en el «Ya» y padres Mundinas para que digan lo del matrimonio perfecto en «Mundo cristiano». Dadme tres mil padres Mundinas y arreglaré el país.

Y todo olerá a rosas, y a gardenias, y a nardos apoyados en la cadera, y a clavitos de mi corazón, porque hasta los claveles —flor portuguesa y peligrosa de por sí— son totalmente inofensivos de la mano del padre Mundina.

Vamos, que yo cogía y ponía al padre Mundina veinticuatro horas sobre veinticuatro en la programación de Televisión Española y entonces iban a ver ustedes lo que es madurez. Hasta a Ortiz de Mendibil lo quitaba de la moviola, para dársela al padre Mundina.

Cualquier cosa, como está el patio y que venga un cura que te asegure por lo más sagrado que España es un invernadero de capullitos de alhelí. Eso no tiene precio, oiga... ■ B.

Andaluzadas del norte

Los andaluces cargamos desde hace siglos con las más fea, con la que bailamos ante los ojos del país. Somos la región donde exclusiva y oficialmente existen la panderetada, la andaluzada, la folklórica, el cupletazo, el torerazo, el flamencazo. No tienen ustedes que ser Premios Nobel de Física para reconocer que los andaluces estamos hasta el gorro —o hasta el sombrero de ala ancha, para más inri— de estas cosas.

Cuando en todas partes cuecen habas. Pero parece que van a dejar de cocerse exclusivamente las habas cultivadas al sur de Despeñaperros. Se está imponiendo en España una estética del «Directísimo», como en los imperiales años cuarenta se impuso una estética Cifesa, con bandoleros, niñas de la venta, caballeros andaluces y voces que son una mina. Desde que las folklóricas se han destapado y al enseñar la teta han acabado con los desniveles de la renta per capita y han hecho más por el desarrollo del Sur que todas las SODIAN del INI, la estética taurino-flamenca - cómica - andaluza - musical está de capa

del fichero de un crítico ortodoxo

CINE

MADRID

EL FANTASMA DEL PARAISO, de Brian de Palma.—Indignación y nervios produce esta película insoportable que es nada menos que una adaptación humorística y «rock» de «El fantasma de la Ópera». «El retrato de Dorian Gray», «Fausto» y otras cosas. Hay un trasto que de todos los valores morales conocidos, un exceso de imaginación que rompe la armonía dramática, un desmelene pecaminoso que sólo puede interesar a esa juventud enloquecida y minoritaria que quiere prescindir de las auténticas fuentes culturales para aceptar en su lugar estas adaptaciones negras y revulsivas. Que los padres conscientes impidan a sus hijos tamaño desatino. Menos mal que se estrena mal y por poco tiempo.

YO SOY FULANA DE TAL, de Pedro Lazaga.—Una muy

acertada crónica social de la prostitución en la que se sigue el desarrollo espiritual de una joven ignorante pero limpia y las muy interesadas personas que la van conociendo. No sólo la película es muy entretenida y variada (porque ella va pasando de un amante a otro y siempre le pasa lo mismo) sino que tiene un claro sentido moral cuando la protagonista, mirando al público, advierte que su vida es muy terrible y menos divertida de lo que pueda parecer. Un buen ejemplo para las jovencitas desorientadas.

TOUCHE PAS LA FEMME BLANCHE, de Marco Ferreri.—No sólo contento con el escándalo de «La grande bouffe», ahora este director italiano quiere hacer una ironía sobre el Ejército y el insigne general Custer, citando a Nixon, denunciando lo que los ignorantes como él llaman colonialismo contemporáneo, protestando por el ajusticiamiento de las minorías étnicas (tan legítimo y lógico de cara al progreso social) y, en fin, soltando una serie de tópicos inso-

portables llenos, además, de muy mal gusto erótico.

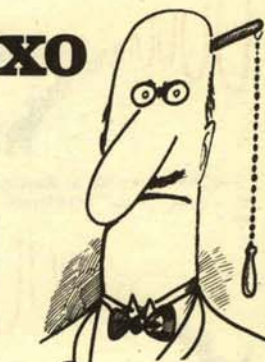
EL ASESINO NO ESTA SOLO, de Jesús García Dueñas.—Menos mal que el que fuera incisivo crítico de cine, a la hora de dirigir su primera película se ha avenido a razones y ha hecho un film correcto, sin pretensiones y muy entretenido. Por otra parte, la intención social al sacar las procesiones de Semana Santa da un encanto y patriotismo a esta historia de criminales que, como es de justicia, nunca ganan. Lola Flores, la gran estrella, es nuestra Ana Magnani (y mejor que ella si me apuran porque, además, baila) revelándose en esta película como gran dama de la pantalla.

24 HORAS DE AMOR, de Larry Buchanan.—Que una muchacha antes de morir quiera dejar de ser virgen es un disparate grosero y ofensivo al buen gusto. Que esa muchacha, no sin esfuerzos, al final lo consiga, es ya una salvajada moral trepidante. No hay por donde coger esta his-

toria aunque puede salvarse su exquisita puesta en escena y al actor que interpreta a la muerte, siempre muy comedido y eficaz. A pesar de todo, la muchacha de esta historia tendría que haber aprovechado sus últimas 24 horas en preparar su alma y no en realizar su cuerpo. Es lo menos que puede pedirse al cine.

BARCELONA

EL EFECTO DE LOS RAYOS GAMMA SOBRE LAS MARGARITAS, de Paul Newman.—Este conocido actor debería continuar haciendo gimnasia y saliendo en las películas antes que dedicarse a dirigir. Porque, como viene demostrando, sólo quiere contarnos lo suya que es a su juicio la sociedad en la que vive, lo mal que lo pasan algunas personas y, en fin, lo que va a pasar a las futuras generaciones de no cambiar las estructuras sociales... Una serie de pedanterías incomprensibles como el lector habrá comprobado.



PANICO EN LA CIUDAD, de Henri Verneuil.—Acción muy emocionante, espectáculo en suspenso y una muy loable intervención de la policía francesa que descubre al final de la película quien era el asesino de mujeres «alegres», cerrando así un filme ejemplar de contenido, diversión y ajustada exposición de nuestro mundo occidental (meritorio, aunque en ocasiones roto por la aparición de un delincuente vulgar).